

Dinero, corrupción y solidaridad

José Luis Vázquez Borau

Profesor.

Miembro del Instituto E. Mounier.

Vivimos en un ambiente social donde existen tres concepciones económicas fundamentales en una concepción antropológica en la cual prima la libertad contra el interés propio.

La primera es la que propone Adam Smith, donde el «interés propio» es el móvil de toda acción y donde, gracias a la simpatía, el interés propio no degenera en puro egoísmo. A nivel de sistema, el provecho propio se integra en el bien común mediante la normativa ética y la competencia. Se sustituye la ética individual por la ética de las instituciones.

La segunda concepción es la «economía libre de mercado», donde se absolutiza el interés propio sin plantearse las cuestiones de justicia. El mercado es la medida de todas las cosas y donde el orden social no se concibe como un elemento constitutivo sino como medidas de carácter policíaco. Por eso se propugna desterrar del mercado toda suerte de regulación.

Finalmente tenemos la «economía social de mercado» que, si bien continúa fundamentándose en el provecho propio, lo regula con un ordenamiento político sobre la base antropológica del bien común para que el interés propio no derive en egoísmo, sino que fomente el bien común. El éxito de la economía social de mercado se basa precisamente en

condiciones que el mercado, por sí mismo, no produce, sino que las crea la política económica.

Antoine de Saint-Exupéry, en su obra *El Principito*, describe a los adultos como «seres que han perdido la frescura del corazón, la espontaneidad de las impresiones y juicios», como personas que «no conocen más que un orden material de valores, y en los cuales ha muerto el sentido desinteresado de la belleza y la poesía».¹ Las personas mayores tienen la inclinación obsesiva de convertir todo lo imaginable en dinero contante y sonante.

Para el adulto-capitalista nada le parece inasequible. Ha caído en la superstición de que con el dinero se puede comprar todo, sin percibir que todo lo importante de la vida, como la amistad, por ejemplo, es un puro don. Así, si mucho dinero es el mejor medio para ganar más dinero, el dinero es el valor supremo de semejante actuar inhumano, pues no hay nada que no sea propiedad suya. Sin darse cuenta de que, cuanto más rica es una persona, más pobre es a los ojos de Dios.

Eugen Drewermann, con su mirada psicoanalítica, afirma que «la soledad de las personas mayores, su aislamiento, su egocentrismo, su capacidad fantástica de perseguir como posesos la felicidad de su vida de un modo que sólo puede acarrear infelicidad,

su permanente monología y monomanía, su completa incapacidad para escuchar a los otros y menos para aprender de ellos, los imposibilita para ser humanizados».² Las personas no sólo quieren saber de qué viven, sino que, mucho más importante que esto, para querer vivir necesitan saber para qué están aquí, encontrar el sentido de la vida. Necesitan encontrar el secreto del Principito: «Es muy sencillo. Consiste en que no se ve bien sino con el corazón, pues lo esencial es invisible a los ojos».³

Del amor al dinero, de considerar a éste el valor absoluto, surge la situación generalizada de corrupción, donde tanto corruptor como corrupto quieren conseguir el fin, dinero, sin escrúpulos en los medios, pasando por encima de todo lo que se les ponga por delante. Por eso las palabras de Pedro Casaldáliga resuenan aquí de un modo impresionante: «No hay ética pública si no hay ética personal. Y no hay ética sin espiritualidad. Los derechos humanos son derechos divinos, intereses de Dios que nos toca administrar. Para el hambriento, Dios tiene figura de pan, decía Gandhi».⁴

A fin de convertir esta situación necesitamos el pensamiento utópico, que es crítico con la realidad y busca el sentido de la misma. Como dice José María Castillo, «la utopía tiene dos compo-

nentes: por una parte representa la crítica de lo existente; por otra, la propuesta de lo que debería existir. La utopía comporta, pues, la crítica del sistema vigente y la búsqueda de algo nuevo, de un espacio en el que puedan coexistir libertad e igualdad». ⁵ Por eso vamos a cambiar la palabra interés por la palabra solidaridad, pues la humanización de las personas no está condicionada al interés propio sino que, por el contrario, presupone la confianza y el reconocimiento mutuo. La identidad del yo se forma interaccionalmente». ⁶

A la hora de fundamentar éticamente la economía hay que realizar un cambio de paradigma. Se trata de que la sociedad tenga como modelo una comunidad solidaria. Solidaridad y Comunidad representan las características primarias de la organización de la vida humana. Jesús de Naza-

reth vivió y enseñó que solamente nos ganamos a nosotros mismos entregándonos a los demás. Esto no quiere decir que no nos queramos a nosotros mismos, sino que la libertad, la individualidad y la identidad se han de integrar dentro de una concepción comunitaria de la sociedad. De este modo se convierte la solidaridad en presupuesto de la libertad y de la realización del interés propio de los demás. Esto implica el mejoramiento prioritario de los menos favorecidos, tanto de las personas como de la naturaleza.

Así pues, debemos centrar nuestra actuación en estos tres aspectos: a) El ideal comunitario, que se caracteriza por el diálogo interpersonal, debe favorecer la configuración de las instituciones sociales para hacerlas plenamente democráticas y participativas; b) La solidaridad con la naturaleza implica que su destrucción sig-

nifica la propia destrucción; c) Hay que marcar unas reglas y unos límites a la competencia, pues de lo contrario, a la manera darwinista, el más fuerte triunfaría sobre el más débil. **A**

Notas

1. Le Hir, Y: *Phantasie et mystique dans "Le Petit Prince" de Saint-Exupéry*, pp. 27-28.
2. Drewemann, E: *Lo esencial es invisible*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1994, p. 44.
3. Saint-Exupéry, A de: *El principito*. Editores Mexicanos Unidos, 1985, p. 76.
4. In *Vida Nueva*, No. 1993 (1994).
5. Castillo, J. M: «Aporte del mundo del trabajo a la vida religiosa». *Testimonio*, 128. Santiago de Chile, 1991, pp. 5-13.
6. Cfr. Nédoncelle, M: *La reciprocité des consciences, essai sur la nature de la personne*. Aubier, Paris, 1942.